

CAPITALISMO: VIEJAS TEORIAS y NUEVOS PROBLEMAS.

Gian Enrico Rusconi

I. EL PROBLEMA DE LA DEFINICION.

En la cultura corriente al término de capitalismo son atribuidas conotaciones y contenidos muchas veces muy diversos, aún reconducibles a dos grandes acepciones. Una primera acepción restringida de capitalismo designa una forma particular, históricamente específica, de actuar económico, o bien un modo de producción en sentido estricto o subsistema económico. Tal subsistema es considerado una parte de un sistema social y político más amplio y global, para designar el cual no se cree significativo u oportuno recurrir al término capitalismo. Se prefiere usar definiciones derivadas del proceso histórico de la industrialización y de la modernización político-social. Se habla por supuesto de sociedad industrial, liberal-democrática, o de sociedad compleja de la cual el capitalismo es sólo un elemento, en cuanto designa el subsistema económico.

Una segunda acepción de capitalismo, en cambio, abarca la sociedad en su conjunto como formación social, calificada en modo significativo y específico por su modo de producción. Capitalismo designa, entonces, una "relación social" general.

La historia misma del concepto de capitalismo oscila entre estas dos acepciones. No se trata de una controversia nominalista, que se puede recomponer con un acuerdo entre estudiosos, sino de una cuestión de identificación del mundo moderno y contemporáneo, que implicó e implica la identidad y la ideología de vastos grupos sociales.

La distinción entre acepción estricta y laxa de capitalismo se introduce aquí, —sin embargo— sólo como punto de partida destinado a relativizarse en el curso de las argumentaciones, que estarán dirigidas por una óptica sociológica y politológica, aunque sin perder de vista la economía.

Para comenzar, debemos determinar más precisamente la peculiaridad del capitalismo como conjunto de comportamientos individuales y colectivos atinentes a la producción, a la distribución, y al consumo de bienes. A pesar de que esta peculiaridad ha sido y permanece objeto de controversia histórica, cultural, sociológica, podemos apuntar algunos rasgos que distinguen el capitalismo de otros modos de producción.

Esos son: a) propiedad privada de los medios de producción, para cuya activación es necesaria la presencia de trabajo asalariado formalmente libre; b) sistema de mercado, basado en la iniciativa y en la empresa privada, no necesariamente personal; c) procesos de racionalización de los procedimientos directos o indirectos para la valorización del capital y la explotación de las oportunidades de mercado con fines de ganancia. Al lado de la racionalización técnico-productiva, administrativa, científica, directamente promovida por el capital se realiza una racionalización en toda la "conducta de vida" individual y colectiva. Esta racionalización o modernización política culmina en la formación del sistema político liberal, que históricamente coexiste con el capitalismo.

No es posible establecer un orden de prioridad entre tales elementos caracterizantes del capitalismo. Ellos constituyen una constelación de factores lógica y genéticamente coligados entre ellos mismos, que pueden dar lugar a modelos interpretativos divergentes, según el orden de peso y valor con los cuales han sido reconstruidos. Un modelo que otorga valor fundamental a la relación trabajo asalariado-capital (según la tradición marxista) lleva a lecturas y pronósticos de la dinámica capitalista muy diversos respecto de los modelos construidos sobre la prioridad de los procesos de racionalización del actuar (según la tradición weberiana)

Un punto es acertado sin embargo: los elementos arriba anotados no se pueden circunscribir en un simple subsistema económico. Ninguno de ellos (tampoco el sistema de mercado) puede existir sin factores de contexto extra-económicos, sean esos imputables a puras relaciones de poder o a presupuestos culturales más profundos. Aislar en el proceso capitalista un conjunto de hechos puramente económicos es ciertamente legítimo sobre el plano de la abstracción científica y de la operatividad de la acción económica. Pero es una operación reductiva, si se considera el capitalismo como un fenómeno social, político, e histórico. Por otro lado

es insuficiente limitarse a declarar el capitalismo una "relación social", si no se determinan ulteriormente la naturaleza y los términos de tal relación, manteniendo la distinción analítica entre los diferentes subsistemas y la recomposición de éstos en la unidad operante del sistema-sociedad.

Sin tratar de comprender todos los temas del debate sobre el capitalismo de los últimos cien años sino más bien excluyendo expresamente la literatura económica especializada podemos distinguir algunas grandes fases importantes para la definición y redefinición del capitalismo entendido como sistema global o como sociedad.

La primera fase está comprendida idealmente entre el análisis de Karl Marx y los trabajos histórico-sociológicos de la escuela alemana ahora ya considerada clásica, de Werner Sombart, Ferdinand Tönnies, Ernst Troeltsch y sobre todo de Max Weber. La segunda fase es la prosecución y la revisión tanto del análisis marxiano como las doctrinas liberales clásicas, a la luz de los cambios sufridos por el capitalismo entre el fin del siglo XIX y los primeros veinte años del XX. A guisa de título evocador piénsese en Rudolf Hilferding, por un lado, y en Schumpeter, por el otro, cuya producción introduce al momento crucial de gran reflexión crítica en coincidencia con la Gran Crisis de los años treinta. La actividad teórica, publicística, y política de John Maynard Keynes y sus consecuencias prácticas absorben la atención científica por algunos años después de la segunda guerra mundial. Es con la emergencia de los límites del Keynesianismo que se abre una nueva fase, articulada alrededor de la forma "corporatista" del capitalismo.

II. EL CAPITALISMO EN EL ANALISIS MARXISTA.

El análisis crítico del capitalismo desarrollado por Karl Marx no es el primero en orden de tiempo, pero seguramente ha sido el más eficaz. Conserva un valor ejemplar por la agudeza con la cual son enunciados los elementos constitutivos y al mismo tiempo contradictorios del capitalismo.

De hecho, tal agudeza crítica no se traduce prontamente en pronóstico de la efectiva dinámica de desarrollo del capitalismo. Este hiato entre fuerza crítica y capacidad productiva tendrá un papel paralizante sobre la instancia política que dirige los movimientos políticos inspirados por el marxismo. La cuestión no resuelta de la llamada "crisis de capitalismo", que es parte integrante del marxismo histórico, queda para enseñar, por un lado la exactitud de algunos análisis marxis-

tas, pero por el otro el mal entendido del sentido y la dirección de las transformaciones internas del capitalismo mismo. En particular se ha revelado problemática la categoría de "contradicción", verdadero fundamento de la construcción conceptual marxiana, a través de la cual el fin mortal del capitalismo es anticipado lógicamente como una "necesidad natural".

Para Marx el capitalismo se funda en la relación entre trabajo asalariado y capital, con más exactitud, en la valorización del capital mediante la plusvalía arrebatada al trabajador. "El trabajo es la sustancia y la medida inmanente de los valores, pero por eso mismo no tiene valor". O mejor, el trabajo pierde su valor apenas entra en el mercado de las mercancías capitalistas, volviéndose él mismo una mercancía. El capitalismo así consiste en un modo de producción basado en la extorsión de plusvalía mediante plus-trabajo del trabajador que deviene "explotado" porque está constreñido a vender "libremente" su fuerza de trabajo al poseedor de dinero y de los medios de producción. Además, "el proceso de producción capitalista, considerado en su núcleo complejo, es decir, considerado como proceso de reproducción, no produce sólo mercancía, no produce sólo plusvalía, sino produce y reproduce la relación capitalista misma: por un lado el capitalista, por el otro el obrero asalariado" (así escribe Marx en el primer libro de "El capital"). En este pasaje está enunciado con claridad el nexo necesario entre las reglas del mercado económico y la estructura de la sociedad capitalista. En esta óptica se debe entender la primacía del actuar económico respecto de cada fuerza e institucionalización del actuar social. En particular la dimensión política de la relación capitalista está ya comprendida en la constricción específica y en la necesidad que caracteriza la venta de la fuerza de trabajo por parte del trabajador. Se trata de una constricción ejercida no sobre esclavos, sino sobre hombres jurídicamente libres, sobre ciudadanos. Sin las libertades burguesas no hay capitalismo moderno.

La potencia histórica del capitalismo moderno consiste en suministrar una base de legitimación universalista, encarnada últimamente por el Estado liberal, a una relación de dependencia económica. El sistema capitalista es legitimado en términos de función, no de dominio directo. El dominio mediante la economía asume la forma de la dependencia funcional. Pero aquí se anida —para Marx— la contradicción del capitalismo. La relación trabajo asalariado-capital (o sea la ley del valor que está en la base de la valorización del capital) es el principio revolucionario del capitalismo, pero también su destino mortal.

La historicidad del capitalismo es otro componente esencial de la concepción

marxiana. La forma del trabajo como mercancía y del capitalismo como producción de mercancía no es un descubrimiento de Marx. Fue una adquisición científica y crítica de sus maestros burgueses: Smith y Ricardo. Pero éstos ignoraron el carácter histórico, y por esto transitorio de tal sistema de producción. Escribe Marx: "Si Ricardo cree que la forma mercancía sea invariable, eso deriva, por su hipótesis, que el modo burgués de producción es absoluto, y así un modo de producción sin determinación específica".

La determinación del materialismo histórico es la determinación del "desarrollo de la formación económica de la sociedad como proceso de historia natural". En otras palabras, la instancia científica de la definición marxiana de capitalismo rige o cae con la individuación de una "ley económica del movimiento de la sociedad moderna".

No hay duda de que Marx identificó las antinomias que están en la base de la dinámica del capitalismo; pero atribuyó a su conceptualización una unidad lógica (sobre todo mediante la forma de la contradicción) que no está capacitada para aprehender el movimiento efectivo, histórico del capitalismo como sistema complejo y como "civilización".

III. EL CAPITALISMO EN EL ANALISIS WEBERIANO.

El estímulo para la adecuación del concepto de capitalismo en las ciencias histórico-sociales del comienzo del siglo XX, viene dado por el desafío del marxismo, convertido en doctrina oficial del movimiento obrero, y por la "cuestión social" que estalla poniendo en dificultad al mundo ideológico y político liberal.

Los autores que se distinguen en el tratamiento sistemático del capitalismo son Werner Sombart y Max Weber. En ambos la centralidad marxiana de la relación capital-trabajo se sustituye por la investigación de esquemas de comportamiento individuales y colectivos adscribibles al proceso histórico de racionalización de todos los ámbitos de la vida, que caracteriza al Occidente. A Sombart se debe la expresión afortunada de "espíritu del capitalismo", para designar la suma de las actitudes psicológicas y culturales que presiden el nacimiento del capitalismo moderno —la *Gesinnung*—, la orientación ético-intelectual identificada con el individualismo, con el principio adquisitivo y por ello con el racionalismo económico.

La contribución de Max Weber a la definición del capitalismo se coloca en el

marco de dos cuestiones: de un lado, los orígenes del capitalismo moderno, o sea los requisitos culturales que permiten el surgir y el desarrollarse del capitalismo, y consecuentemente, de otro, la especificidad del capitalismo occidental moderno respecto de otros modos de producción históricos y extraoccidentales.

En "La ética protestante y el espíritu del capitalismo" de Weber, la ética calvinista, gracias a la idea de *Beruf* (profesión como vocación) está vista como el factor decisivo para la difusión de una conducta ascético-racional, que es el presupuesto del espíritu capitalista moderno. La conducta de vida, la coherencia de las propias convicciones y creencias, es para Weber motivo de actuar autónomo respecto del simple cálculo económico y de la presión del poder. Es así que a partir del siglo XVI en las áreas geográficas involucradas en la Reforma protestante, se instaurara un vínculo preciso entre credo religioso, conducta moral de vida y comportamiento económico, definible como "racional" en el sentido capitalista. El núcleo central de esta conexión viene dado por la revalorización del trabajo y de la profesión en clave de vocación y de signo de elección divina.

La ascesis intramundana opera con energía en contra de cada forma de goce, de lujo, de desperdicio o exhibición de riqueza, con la consecuente reducción de los consumos, pero con el simultáneo ahorro de dinero y bienes disponibles para una acumulación y para una reinversión de tipo capitalista; una riqueza así entendida como premio por una administración prudente de los bienes recibidos de Dios, es la mentalidad que a lo largo pondrá en movimiento los mecanismos de la economía capitalista. Naturalmente —anota Weber— el capitalismo con el tiempo se vació de toda motivación religiosa: la autodisciplina ascética fue sustituida por la disciplina externa del trabajo de fábrica o de oficina. La codicia de los bienes materiales volvió a ser el impulso del comportamiento económico.

El capitalismo para Weber —y para la vasta orientación científica por él determinada— es la dimensión económica de un más profundo y peculiar comportamiento llamado racionalista, en el cual toman parte los difusos procesos de racionalización burocrático-administrativa y jurídica, culminantes en el Estado moderno occidental.

Si el capitalismo es el momento económico del racionalismo, éste reproduce en sí los caracteres mismo de la *ratio* —control y dominio de los medios respecto del fin, mediante la calculabilidad, la generalización, y la predictibilidad. El actuar capitalista es un ejercicio pacífico de un poder de disposición puesto en acto racionalmente para obtener ganancia a través de la hábil explotación de las coyunturas del mercado. Si queremos hablar de la "esencia del capitalismo", ésta se debe bus-

car en los procesos de racionalización y optimización de las oportunidades de mercado del trabajo libre. La relación de trabajo asalariado como tal y los rasgos coercitivos ínsitos en la organización capitalista del trabajo (disciplina de fábrica, inderogable necesidad de la venta de la fuerza de trabajo) no constituyen en cuanto tales la esencia del capitalismo. Esta consiste más bien en la explotación racional de las reglas del intercambio en general de las cuales el intercambio de fuerza de trabajo contra el salario es sólo un aspecto. Para Weber el momento coercitivo inherente a la venta de la fuerza de trabajo es reincorporado por la "voluntad de trabajo" que da lugar a la lógica del intercambio.

El mercado es la transposición económica de la incesante lucha entre los hombres. La economía racional está orientada a los precios en dinero, que a su vez se forman en el mercado en la lucha entre los intereses. "Sin una evaluación en precios monetarios —es decir sin aquella lucha— no es posible cálculo alguno". La lógica del cálculo capitalista formal está por tanto ligada —a través del mercado libre— a la lógica de la lucha de intereses. Donde no hay libre lucha, no hay cálculo racional.

Aquella que para Marx era una cadena de elementos en contradicción (trabajo-mercancía-dinero), se vuelve para Weber una dinámica vital de la economía racional capitalista. El potencial de crisis interna del capitalismo no consiste en una supuesta contradictoriedad de sus elementos sino en la virtual extinción de su dinámica por obra de un poder burocrático. Weber no espera la abolición del mercado, que para él es garantía de cálculo racional y de autonomía de los sujetos: a la extinción del mercado sucedería sólo el despotismo puro y simple del poder burocrático.

IV. APUNTES SOBRE LA CUESTION DE LOS ORIGINES Y DEL DESPEGUE DEL CAPITALISMO.

La investigación historiográfica contemporánea sobre los orígenes del capitalismo progresó mucho respecto de las indicaciones de los clásicos, con una documentación sistemática e innovadora, que ha abierto nuevos horizontes (se piensa en los estudios sobre el capitalismo y la civilización material de F. Braudel).

El imponente debate sobre la relación histórica entre el protestantismo y los orígenes del capitalismo (desde los viejos estudios de R. Tawney hasta las más recientes contribuciones recogidas por ejemplo por S. N. Eisenstadt y por P.

Besnard) ofrece un cuadro extremadamente diversificado que, si no falsifica las tesis weberianas, sí revisa la problemática de manera tal que desalienta cualquier simplificación.

El capitalismo del siglo XVI es proporcionado en clave de *World economy* (I. Wallerstein), en el sentido de un sistema económico que progresa en cuanto que no se encierre en un sistema político homogéneo a nivel europeo e internacional. La organización capitalista pone en función sus recursos económicos en un escenario más vasto que aquél controlable por los institutos políticos singulares. Así en la Europa de los confines fluidos del siglo XVI se crea una *World economy* que comprende en su seno varios sistemas políticos y concentra en medida creciente empresa y riqueza en manos privadas, prescindiendo de los colores nacionales.

En esta óptica el protestantismo aparece simplemente como la religión de las áreas impulsoras y centrales de este sistema, mientras la religión católica aparece como periférica y semiperiférica.

Sin subvalorar la contribución determinante del proteccionismo estatal directo e indirecto, sobre todo en la época mercantilista, es indudable que el despeque definitivo del capitalismo deviene en coincidencia con la llamada revolución industrial. Ella tiene lugar ante todo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII, en Francia y en Estados Unidos de América a partir de los primeros decenios del siglo XIX y sólo en la segunda mitad del mismo siglo en Alemania. En sus clásicos *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946), Maurice Dobb sintetiza así esta fase: "La revolución industrial representó un momento de transición desde una fase primitiva y todavía inmadura del capitalismo —en la cual la pequeña producción pre-capitalista había sido penetrada por la influencia del capital, subordinada a ello, despojada de su independencia como fenómeno económico, aunque si no completamente transformada— a la fase en la cual el capitalismo, sobre la base de la transformación técnica, llega a la realización de su proceso productivo específico, fundado sobre la fábrica como unidad colectiva de producción en masa; con esto se efectúa la separación definitiva del productor de la propiedad de los medios de producción (o de lo que quedaba de esto) y se establece una relación simple y directa entre capitalistas y asalariados".

La primera industrialización se produce en concomitancia con una serie de fenómenos que es difícil subestimar: aumento de la población, éxodo más o menos forzado de masas campesinas hacia los centros urbanos, primeros fenómenos de urbanización con la rápida transformación de la tradicional estratificación social, formación del proletariado obrero urbano, creciente implicación del aparato esta-

tal tanto en forma represiva como proteccionista y garantista.

Es también el período clásico del liberalismo, como doctrina económica y como práctica política. Es tan fuerte y eficaz como para acreditar la idea de que el capitalismo se identifica con la igualdad de los ciudadanos, con la libertad y con la función meramente administrativa del Estado. La ideología liberal y liberalista oculta completamente el momento de coerción implícito en el mercado del trabajo libre y en la concepción individualista del Estado. De hecho en cada vez más estratos de la población urbana se forma progresivamente un sentido de enajenación hacia tal Estado. Desde el fin del siglo XIX nacen y se refuerzan las grandes organizaciones proletariadas para las cuales "capitalismo" sueña como sinónimo de sociedad injusta. El sistema capitalista organizado en sus estructuras económicas de fondo, ganadas sus batallas en contra de los sectores atrasados precapitalistas, debe enfrentar y racionalizar una primera transformación propia.

V. TEMAS DEL "CAPITALISMO ORGANIZADO".

Entre las definiciones acuñadas en los primeros años del siglo, pero retomadas en los años setenta, para señalar los cambios de estructura y de funcionamiento del capitalismo, se encuentra la del "capitalismo organizado".

Más allá de los significados atribuidos a tal definición en diversas ocasiones por parte de Rudolf Hilderding y otros estudiosos, podemos ver sintetizada en ella los siguientes fenómenos:

- a) Los procesos de concentración económica en monopolios, oligopolios, carteles, con la virtual extinción de la competencia y del mercado entendidos en sentido liberal; se da por eso
- b) El desplazamiento del poder real, sobre todo en forma de poder de influencia, fuera del cuadro político institucional, en favor de fuerzas económicas y sociales, cuya acción de presión se vuelve eficaz en los momentos críticos de decisión política;
- c) El proceso de concentración económica es acompañado por una paralela organización masiva de los trabajadores dependientes, con relevantes consecuencias en el sistema de representaciones, en particular en la relación entre sindicatos y partidos;

- d) El Estado se corresponsabiliza de manera creciente en la gestión económica, no tanto con la creación de sectores económicos directamente controlados por éste, cuanto con la expansión del gasto público y del peso determinante para toda la economía de la política crediticia y fiscal, y en general en las estrategias coyunturales; en fin
- e) El Estado asume el papel de garante en el proceso de institucionalización de los conflictos del trabajo, en particular del conflicto industrial entre las grandes organizaciones sindicales y patronales, llegando a una especie de intervencionismo social que hace de la función arbitral estatal (cualquiera que sea su figura institucional) uno de los elementos decisivos del capitalismo organizado.

Estas indicaciones generales son suficientes para delinear una tendencia que se hace evidente en todos los sistemas capitalistas en el período de entreguerras. No tiene importancia aquí investigar por qué sobre la base de estos procesos de auto-organización capitalista, el movimiento socialista (R. Hilderding) haya deducido erróneamente una anticipación del principio socialista de la planificación.

Técnicamente muchas de las características arriba indicadas aparecen durante el primer conflicto mundial y son experimentadas en los años sucesivos. Pero es sólo en los años treinta, en el contexto de la gran crisis del '29, que éstas gradualmente se configuran como conjunto de medidas para el establecimiento de una nueva fase capitalista. "Solo en los años treinta, bajo el signo de la recepción de las teorías keynesianas, la política estatal coyuntural anticíclica pudo desarrollarse hasta volverse un medio clásico para la lucha económica. Sólo después de la consolidación de la política coyuntural anticíclica se puede hablar de capitalismo organizado desarrollado". (H. A. Winkler).

El proceso de concentración de las grandes empresas, la organización siempre más rígida de los mercados de bienes, de los capitales y del trabajo se acompaña con la sistemática intervención del Estado en la economía. Los confines entre sector privado y público se vuelven siempre más inciertos. Los sistemas económicos "mixtos" caracterizados por la presencia estatal directa (mediante la empresa pública) e indirecta (mediante los institutos de comparticipación y control estatal) no son más fenómenos anómalos de economías atrasadas respecto de los modelos de capitalismo avanzado según los estándares liberales clásicos.

Precisamente mirando a la experiencia estadounidense, convencionalmente considerada ajena a todo estatismo, se tiende a generalizar un esquema interpretativo de tres sectores: un sector privado de bienes de consumo abierto a la compe-

tencia en sentido tradicional, pero sustancialmente marginal y dependiente por cuanto se refiere a recursos materiales y energéticos primarios. Estos últimos forman parte, junto con otros géneros mercadológicos de vasto consumo, de un mercado gobernado por los oligopolios, que toleran sólo un modesto *competitive fringe*. Existe luego un sector de producción de uso estatal exclusivo, de altísima inversión financiera y tecnológica (sector especial, de los armamentos no convencionales, etc.) en el cual las empresas —no importa si públicas o privadas— actúan sin autonomía. En este sector monopólico y/o estatalizado, como por lo demás en aquél regulado por los oligopolios, predominan empresas e industrias con alta intensidad de capital, mientras en el sector concurrencial actúan empresas e industrias de alta intensidad de trabajo. En el primer sector, los progresos tecnológicos son relativamente rápidos, con reflejos productivos inmediatos, mientras son más bien lentos y mediatos en el sector concurrencial tradicional.

Estas observaciones tienen aquí sólo valor indicativo de la progresiva pérdida de la función central reguladora del mercado en el capitalismo contemporáneo, integrada si no substituída por la acción estatal.

Esto no significa que a la disminuida función del mercado corresponda por parte del Estado una *acción* planificadora programada.

El Estado contemporáneo se limita muchas veces a subrogar las reglas tradicionales del mercado, manteniendo las condiciones de su reproducción.

Después de todo, también en la fase liberal del capitalismo el Estado había garantizado la reproducción y el funcionamiento del sistema económico cumpliendo con tareas precisas: defensa de los derechos privados de la empresa y adecuación del aparato legislativo a las necesidades expresadas del desarrollo económico; defensa de la fuerza de trabajo en contra de la lógica de la explotación capitalista indiscriminada (legislaciones sociales) y, más en general, la creación de infraestructura para la reproducción de la fuerza de trabajo (transportes, escolarización, urbanismo, etc.). Estas funciones se encuentran enormemente amplificadas y perfeccionadas en el acción del Estado contemporáneo. Hoy la importancia de la infraestructura material e inmaterial (investigación científica) se ha vuelto decisiva, así como el apoyo en contra de la competencia internacional (sin hablar de los gastos improductivos, como los armamentos). Además el Estado tiene la oportunidad de hacer pesar su presencia directa en sectores económicos vitales y la posibilidad de dirigir inversiones y facilidades de inversión en áreas descuidadas por el capitalismo privado. Todo eso se traduce en imperativos contrastantes, que marcan los confines dentro de los cuales se mueve un sistema capitalista con

régimen democrático: necesidad de crecimiento económico, estabilidad de la moneda, intervención y prevención de las crisis coyunturales, balanza de pago, etc. —pero también necesidad de ocupación plena, defensa de las clases desprotegidas, estrategias de reducción de las desigualdades sociales, políticas fiscales eficaces y equitativas, etc. En la incapacidad de hacer frente contemporáneamente a estos imperativos se expresa la "crisis" del capitalismo contemporáneo.

VI. TEMAS DE LA "CRISIS DEL CAPITALISMO".

Desde que el Capitalismo ha sido identificado como el factor calificativo de nuestra civilización, se habla de su crisis. La doctrina marxista hace de ésto uno de sus fundamentos, si bien el tema es desarrollado hoy en términos notablemente diversos de aquéllos del marxismo histórico.

Toda la cuestión de la crisis del capitalismo desde el punto de vista marxista está bastante controvertida (cfr. los textos recogidos y supervisados por L. Colletti y C. Napoleoni*, *Futuro del capitalismo crollo o sviluppo?*).

Pero la idea de la crisis del capitalismo como crisis de la civilización burguesa no es exclusiva de los movimientos de oposición social y política. Se vuelve motivo autocrítico de la cultura liberal-burguesa, que encuentra su cumbre en los años veinte y treinta. No se trata sólo de actitudes literarias, filosóficas o publicitarias. En el *Honwörterbuch der Soziologie* del 1931 (editado por Alfred Vierkandt, que recoge las contribuciones de los estudiosos sociales más eminentes de la época) el "estilo de vida" capitalista es presentado como un modelo negativo. Esto es sinónimo de destrucción de cada valor auténtico, sustitución de la cantidad por la calidad, anhelo de fuertes sensaciones superficiales, obsesión del éxito, consumismo desenfrenado, culto de la violencia —una suma de desvalorizaciones en contraposición con un mundo precapitalista idealizado.

Tal diagnóstico crítico puede estar indiferentemente al servicio de posiciones práctico-políticas progresistas o de posiciones nihilistas irracionales y reaccionarias, y también de carácter fascista.

En realidad, en la temática de la crisis del capitalismo como crisis cultural y de civilización conviven elementos diversos, tanto desde el punto de vista analítico como desde el valorativo. Aparte del anhelo latente de un mundo precapitalis-

* Consultar las referencias bibliográficas anexadas al artículo de Rusconi.

ta, presuntamente armonizado en un universo de valores compartidos, hay fenómenos que deben ser imputados directa y separadamente al industrialismo, a la secularización, a la modernización social y política.

Aunque no sea incorrecto llamar sintéticamente capitalismo a todos estos fenómenos (y por eso "crisis del capitalismo" a sus patologías) es necesario desde el punto de vista analítico mantener imputaciones causales distintas.

Fenómenos disfuncionales o patologías sociales ligadas al desarrollo técnico-industrial no sólo deducibles de la estructura capitalista como tal, de hecho, se encuentran también en sistemas declaradamente anticapitalistas.

Los discursos sobre la crisis del capitalismo contemporáneo desplazan el eje de la estructura económica hacia la socio-cultural, concentrando la atención en los problemas de la integración social y del consenso. Motivaciones, expectativas, frustraciones individuales y colectivas; incompatibilidad y eclecticismo de ideologías y valores; pérdida del sentido, secularización y retorno de lo sagrado; privatización de intereses en contra de los bienes públicos —éstos y otros indicadores difícilmente se dejan componer (tanto menos cuantificar) en esquemas de comportamiento unívocos. Sin embargo, tales comportamientos no son deducibles de la contradicción de principio entre capital y trabajo, sino son inventariables sólo dentro de un profundo cambio de la estratificación tradicional, con la consecuente revolución de las expectativas. La misma lucha de clase se conduce siempre más en el terreno del presupuesto estatal y del empleo de los recursos públicos frente a las demandas sociales.

Con lenguajes diversos, más que con opciones políticas diferentes, varios autores de inspiración liberal y de inspiración marxista, enfrentan estos temas situados entre acumulación y legitimación. La crisis del capitalismo se expresa entonces para unos en forma de "contradicciones culturales del capitalismo" (Daniel Bell), para otros en una cadena de patologías de las cuales la "crisis de legitimación" es la figura más fuerte (Jürgen Habermas).

Según este último autor, el capitalismo contemporáneo se sustrae al destino fatal de una verdadera crisis sistémica gracias al papel determinante del Estado, con la expansión del aparato administrativo, la solución cuasi-política de los conflictos salariales, con los compromisos que inmunizan el centro del conflicto descargando sus costos sobre la periferia o difundiéndolos de manera anónima sobre el sistema (inflación, crisis permanente de las finanzas estatales, sistemáticos desequilibrios salariales en perjuicio de los grupos sociales más débiles). Mientras, se realiza programáticamente una difusa despolitización bajo el signo de la democra-

cia de masas. La única base de legitimación del sistema que queda en el resarcimiento a clases y grupos, a cambio de la pasividad en los procesos de formación de voluntad política. Disuelta la identidad de las clases y fragmentada su conciencia el capitalismo avanzado remueve las crisis sistémicas, pero no elimina sus raíces. Se encuentra así expuesto siempre a nuevas formas de crisis económicas cíclicas, de crisis de racionalidad administrativa, de crisis de motivación y de legitimación. La crisis de legitimación, en particular, se produce "apenas que las pretensiones de resarcimiento conformes al sistema aumentan más rápidamente que la masa de los valores disponibles, o cuando se engendran expectativas imposibles de satisfacer con resarcimientos conformes al sistema". Esta crisis, que es más bien carencia o déficit de legitimación, da lugar a patologías sociales siempre nuevas, sin embargo nunca solucionables.

VII. TEMAS DEL "CAPITALISMO CORPORATISTA".

Otra óptica para recomponer algunos indicadores centrales y críticos del capitalismo contemporáneo viene dada por los modelos "corporatistas". También éstos empiezan con el examen de la multiforme presencia del Estado y del sector público en los procesos económicos, que alteran los tradicionales equilibrios entre actuar económico y actuar político. Tal presencia, sin embargo, no introduce elementos de una racionalidad diversa ("de planificación"), sencillamente instaura un "intercambio político" entre los grandes protagonistas organizados del sistema. En tales intercambios se tratan "bienes" que no eran formalmente "negociables" en la lógica del mercado capitalista tradicional —es decir los llamados "bienes de autoridad"— que interesan al consenso del sistema político, a la autodisciplina del trabajo, etc.

Los modelos del "capitalismo corporatista" individualizan el núcleo de este intercambio en una particular relación instituida entre los grandes protagonistas del proceso capitalista: empresarios, sindicatos y Estado. En términos máximos estos tres actores sociales se declaran positivamente interesados a una gestión casi gremial del desarrollo, asignando al Estado el papel de garante político. En términos mínimos los tres actores admiten la necesidad negativa de no efectuar acciones unilaterales que, dañando una de las dos partes, amenazarían la capacidad de resistencia¹ del conjunto del sistema. En esta escala entre máximo

¹ Capacidad de resistencia por: TENUTA.

y mínimo de corporación, las variantes son muchas desde la "acción concertada" alemana, a los intentos de pacto social inglés, al rehuso formal de cada acuerdo, también en situaciones de corporatismo *soterrado*².

En el capitalismo corporatista se instaaura una relación peculiar entre política y economía, que reproduce una lógica de mercado "*sui generis*". Los bienes que se negocian no son sólo salarios, ocupación, productividad, inversiones, etc. De tal manera, el corporatismo puede funcionar como canal de legitimación de un sistema capitalista modificado de hecho en algunos de los mecanismos decisio- nales. En perspectiva histórica, eso es un factor importante de la "arquitectura de la estabilidad" que está presente —a pesar de todo síntoma de crisis— en los sistemas capitalistas contemporáneos, y que ha sido anticipada en los años veinte, haciendo hablar de "refundación de la Europa burguesa" (S.C. Maier).

El corporatismo es evidentemente uno de los posibles modelos de realización, y por ello, de interpretación de la relación entre mercado y política en el capita- lismo. Eso se aplica a algunos sistema y no a otros. Así Ch. Lindblom, exami- nando el capitalismo americano, verifica más bien la posición privilegiada del "sistema de las empresas" respecto del sistema democrático de control, por él llamado "poliárquico". Los mismos empresarios se vuelven de hecho una especie de funcionarios públicos, sustrayendo decisiones importantes al control democrá- tico. En este caso las reglas del intercambio político están netamente en favor de las empresas capitalistas en contra de otros grupos sociales.

Para definir correctamente la relación entre mercado capitalista y política de- mocrática es necesario tener abiertas más estrategias conceptuales. Muchos análisis tradicionales, tanto la orientación marxista como la liberal burguesa, han cultivado la pretensión o la ilusión de individuar "la esencia" (*das Wesen*) del capitalismo —casi un punto arquimédico, entendido o removido el cual, estaría entendida o cambiada radicalmente la estructura del sistema. Seguramente el capi- talismo está caracterizado por constantes identificables. Pero en su funcionamiento concreto éstas dan lugar también factores "no-capitalistas" (sobre todo de carác- ter cultural), que son insustituibles para el mantenimiento del sistema mismo. Esta constatación no dice nada en contra del hecho de que la relación trabajo-capital permanezca con la relación central del capitalismo. Tal centralidad en sí, no obstan- te, no parece ser resolutive ni para producir a un nivel analítico una definición inequívoca, satisfactoria, concluyente del capitalismo, ni para proponer a un nivel

² Soterrado por: "STRISCIANTE".

práctico-político soluciones seguras para la optimización de las calidades positivas del capitalismo, o para la corrección de sus distorsiones —sin hablar de las perspectivas de su superación. El capitalismo, precisamente porque es una “relación social” en continuo dinamismo, solicita una constante redefinición de sus elementos o de su articulación concreta, lo que se identifica con el modo de funcionar de las sociedades contemporáneas ■

BIBLIOGRAFIA

- P. H. Baran e P. M. Sweezy, *Il capitale monopolistico* (1966). Einaudi, Torino, 1968.
- D. Bell e R. Boudon, *Le contraddizioni culturali del capitalismo*, Biblioteca della Libertá, Torino, 1978.
- P. Besnard (a cura), *Protestantisme et capitalisme*, Colin, Paris, 1970.
- F. Braudel, *Capitalismo e civiltá materiale* (1967), Einaudi, Torino.
- A. Cavalli (a cura), *Le origini del capitalismo*, Loescher, Torino, 1973.
- L. Colletti e C. Napoleoni (a cura), *Il futuro del capitalismo. Crollo o sviluppo?*, Laterza, Bari 1970.
- C. Crouch (a cura), *State and economy in contemporary capitalism*, London, 1979.
- M. Dobb, *Problemi di storia del capitalismo*, (1946), Editori Riuniti, Roma.
- S. M. Eisenstadt (a cura), *The protestant ethic and modernization*, Basic Book, New York 1968.
- L. Gallino, *Dizionario dei sociologia*, Utet, Torino 1978 (voz *capitalismo*).
- J. K. Galbraith, *La societá opulenta* (1958), Etas Kompass, Milano 1968.
- J. Habermas, *La crisi della razionalitá nel capitalismo maturo*, (1973), Laterza, Bari 1975.
- F.A. Von Hayek, *Il capitalismo e gli storici* (1954), Einaudi, Torino 1976.
- R. Hilferding, *Il capitale finanziario*, (1910), Feltrinelli, Milano 1961.
- M. Kalecki, *Sulla dinamica dell'economia capitalistica*, (1971), Einaudi, Torino 1975.
- C. Lindblom, *Politica e mercato*. (1977) Etas Libri, Milano 1979.
- C. S. Maier, *La rifondazione dell'Europa borghese*, (1975) De Donato Bari 1979.
- M. Marx, *Il capitale*, (1867, 1885, 1894), Editori Riuniti, Roma 1964, 1965, 1970.
- C. Offe, *Lo stato nel capitalismo maturo*, (1972), Etas Libri, Milano 1977.
- K. Polanyi, *La grande trasformazione*, (1944), Einaudi, Torino 1974.
- N. Poulantzas, *Classi sociali e capitalismo oggi*, (1974), Etas Libri, Milano 1975.
- J. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo e democrazia*, (1942), Comunitá, Milano 1954.
- A. Shonfield, *Il capitalismo moderno*, (1965), Etas Kompass, Milano 1967.
- W. Sombart, *Il capitalismo moderno*, (1902), Utet, Torino 1967.

- J. Strachey, *Il capitalismo contemporaneo*, (), Feltrinelli, Milano, 1957.
- R. H. Tawney, *La religione e la genesi del capitalismo*, (1926), Feltrinelli, Milano, 1967.
- J. Topolski, *La nascita del capitalismo in Europa*, (1965), Einaudi, Torino, 1979.
- S. Tsuru (a cura), *Dove va il capitalismo?*, (1961), Etas Kompass, Milano, 1967.
- A. Vierkandt (a cura), *Hanwörterbuch der Soziologie*, Enke, Stuttgart, 1931 (Voces Kapitalismus de W. Sombart y *Gegenwart I* y *II* de A. Vierkandt y G. Briefs).
- I. Wallerstein, *Il sistema mondiale dell'economia moderna*, (1974), il Mulino Bologna 1978.
- M. Weber, *L'etica protestante e lo spirito del capitalismo*, (1904-5), Sansoni Firenze 1969.
- M. Weber, *Economia e società* (1922), Comunità, Milano 1961.
- H. A. Winkler (a cura), *Organisierter Kapitalismus*, Vendenhoeck u. Ruprecht, Gottingen. 1974.

BIBLIOGRAFIA EN ESPAÑOL

- P. H. Baran, y P. M. Sweezy, *El Capital Monopolista*, (1966), Siglo XXI Editores, México, 1968.
- F. Braudel, *Civilización Material y Capitalismo* (1967), Editorial Labor, Barcelona, 1974.
- L. Colletti, *El Marxismo y el Derrumbe del Capitalismo* (1970), Siglo XXI Editores, México, 1978.
- M. Dobb, *Estudios sobre el Desarrollo del Capitalismo* (1946), Siglo XXI Editores, México, 1971.
- J. K. Galbraith, *La Sociedad Opulenta* (1958), Editorial Ariel, Barcelona, 1973.
- R. Hilferding, *El Capital Financiero* (1910), Editorial El Caballito, México, 1973.
- M. Kalecki, *Estudios sobre la Dinámica de la Economía Capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- K. Marx, *El Capital* (1867, 1885, 1894), Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- C. Napoleoni, *El futuro del Capitalismo*, (1970), Siglo XXI Editores, México, 1978.
- K. Polanyi, *La gran Transformación* (1944), Editorial Juan Pablos, México, 1975.
- N. Poulantzas, *Las Clases Sociales en el Capitalismo Actual* (1974) Siglo XXI Editores, México, 1976.
- J. A. Schumpeter, *Capitalismo, Socialismo y Democracia* (1942) Editorial Aguilar, Madrid, 1971.
- A. Shonfield, *El Capitalismo Moderno* (1965), Fondo de Cultura Económica, México, 1967.
- W. Sombart, *Apogeo del Capitalismo* (1902), Fondo de Cultura Económica, México, 1946.
- J. Strachey, *El Capitalismo Contemporáneo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- R. H. Tawney, *La Religión en el Origen del Capitalismo* (1926), Editorial Dédalo, Buenos Aires, 1959.
- S. Tsuru, *¿A dónde va el Capitalismo?* (1961), Editorial Oikos-Tau, Barcelona, 1970.
- M. Weber, *La Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo* (1904-5), Editorial Península, Barcelona, 1972.
- M. Weber, *Economía y Sociedad* (1922), Fondo de Cultura Económica, México, 1969.